



LECTIO DIVINA

I semana de adviento
Del 03 al 09 de diciembre de 2023



“Despertad, vivid vigilantes”

Oración introductoria

Señor, gracias por este tiempo del Adviento que me ayuda a prepararme espiritual y apostólicamente al gran acontecimiento de la Navidad. Permite que esta meditación me descubra los medios de perseverancia en lo que tengo que poner más atención.

Petición

¡Ven, Señor, no tardes! ¡Ven que te esperamos! ¡Ven pronto Señor!

Lectura del libro de Isaías (Is. 63, 16c-17. 19c; 64, 2b-7)

Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre de siempre es «nuestro Liberador». ¿Por qué nos extravías, Señor, de tus caminos, y endureces nuestro corazón para que no te tema? Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad. ¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses! En tu presencia se estremecerían las montañas. «Descendiste, y las montañas se estremecieron». Jamás se oyó ni se escuchó, ni ojo vio un Dios, fuera de ti, que hiciera tanto por quien espera en él. Sales al encuentro del quien practica con alegría la justicia y, andando en tus caminos, se acuerda de ti. He aquí que tú estabas airado, y nosotros hemos pecado. Pero en los caminos de antiguo seremos salvados. Todos éramos impuros, nuestra justicia era un vestido manchado; todos nos marchitábamos como hojas, nuestras culpas nos arrebataban como el viento. Nadie invocaba tu nombre nadie salía del letargo para adherirse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas al poder de nuestra culpa. Y, sin embargo, Señor, tú eres

nuestro padre, nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero: todos somos obra de tu mano.

Salmo (Sal 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19)

Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Pastor de Israel, escucha, tú que te sientas sobre querubines, resplandece; despierta tu poder y ven a salvarnos. R.

Dios del universo, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña. Cuida la cepa que tu diestra plantó, y al hijo del hombre que tú has fortalecido. R.

Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. No nos alejaremos de ti; danos vida, para que invoquemos tu nombre. R.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor.1,3-9)

Hermanos: A vosotros, gracia y la paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Doy gracias a Dios continuamente por vosotros, por la gracia de Dios que se os ha dado en Cristo Jesús; pues en él habéis sido enriquecidos en todo: en toda palabra y en toda ciencia; porque en vosotros se ha probado el testimonio de Cristo, de modo que no carecéis de ningún don gratuito, mientras aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el final, para que seáis irreprehensibles el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, el cual os llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 13, 33-37)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: ¡Velad!».

Releemos el evangelio

San Juan María Vianney (1786-1859)

presbítero, párroco de Ars

Sermón para el 3º Domingo después de Pentecostés (Sermons de Saint Jean Baptiste Marie Vianney, Curé d'Ars, II, Ste Jeanne d'Arc, 1982), trad. sc@evangelizo.org

Dios les ofrece hoy su gracia, ¡conviértanse!

Mis amigos, no posterguemos más volver a Dios. (...) Ya que Dios les tiempo, mis hermanos, sería razonar como necios.

¿De qué son capaces cuando están enfermos? De nada. Quieren apenas decir un ofrece hoy su gracia, ¿por qué no se benefician con ella? Decir que nada los apura, que tienen acto de contrición, ya que están tan absorbidos por el sufrimiento, que ni siquiera piensan en su salvación. Mis hermanos, ¿no es una desdicha esperar la muerte para convertirnos? Hagan por su pobre alma al menos lo que hacen por su cuerpo, que es sólo un montón de descomposición y en instantes puede ser pastoreo de los más viles animales. Cuando están peligrosamente heridos, ¿esperan seis meses o un año para aplicar los remedios necesarios para curar? Cuando son atacados por una bestia

feroz, ¿esperan estar mitad devorados para gritar socorro? ¿O piden enseguida la ayuda de sus vecinos? Mis hermanos, ¿por qué no actúan de esa forma cuando su pobre alma está sucia y desfigurada por el pecado, reducida bajo la tiranía de los demonios? ¿Por qué no apelan enseguida a la asistencia del Cielo y recurren a la penitencia?

Si, mis hermanos, aunque sean grandes pecadores, ya que desean un día dejar el pecado, ¿por qué no lo dejan hoy, ya que Dios les da el tiempo y las gracias para eso?

Palabras del Santo Padre Francisco

El Señor Jesús se ha donado y sigue donándose a nosotros, para llenarnos de toda la misericordia y la gracia del Padre. Somos nosotros, por tanto, los que podemos convertirnos en cierto sentido en jueces de nosotros mismos, auto condenándonos a la exclusión de la comunión con Dios y con los hermanos, con la profunda soledad y tristeza que esto produce. No nos cansemos, por tanto, de vigilar nuestros pensamientos y nuestras actitudes, para pregonar desde ahora el calor y el esplendor del rostro de Dios.

Será bellissimo ese Dios que en la vida eterna contemplaremos en toda su plenitud. ¡Adelante! Pensando en ese juicio que comienza ahora, que ya ha empezado. ¡Adelante! Haciendo que nuestro corazón esté abierto a Jesús y a su salvación, y ¡Adelante! Sin tener miedo, porque el amor de Jesús es más grande, y si nosotros pedimos perdón por nuestros pecados él nos perdona. Jesús es así. ¡Adelante con esta certeza, que nos llevará a la gloria del cielo! *(S.S. Francisco, 11 de diciembre de 2013).*

Meditación

No sabemos “cuándo”, pero sí sabemos “qué” sucederá. Sabemos que Él vendrá porque así nos lo dijo, y sus palabras son verdaderas. Año con año celebramos la Navidad, algún año, no sabremos cuál, vendrá de nuevo. Lo que importa es que al venir estemos atentos y nos encuentre trabajando en lo que nos encomendó: anunciar el Evangelio. Y esto se traduce en hacerlo una realidad presente en nuestras vidas, en nuestros hogares, trabajo, escuelas..., en una palabra, que Él esté vivo en nosotros.

Velar y estar preparados

Si Cristo nos pide esto, es porque sabe lo que nos conviene. En sus palabras no hay engaño, no hay amenaza. Sólo hay aquello que es para nuestra salvación eterna. Por ello, su petición de estar alertas no debe de tomarse a la ligera sino con seriedad. No desperdiciemos el tiempo que Dios nos ha dado, más bien, invirtamos todo nuestro tiempo para hacer el bien, para conocerlo más, visitarlo en el Sagrario, darlo a conocer a los demás donde quiera que estemos. Seamos un oasis de esperanza para los demás. Eso es estar en vela, estar atentos y preparados. No son sólo palabras, son más bien acciones. No nos durmamos en nuestra indiferencia y en nuestro egoísmo. Cada año celebramos el inicio del Adviento, preparación para la Navidad. Año con año Dios viene en la Navidad, hagámoslo presente en nuestros hogares y en donde quiera que estemos.

¿Cómo queremos que nos encuentre?

A cuántos de nosotros nos gusta que nos reciban, especialmente después de un viaje. Pensemos en aquellos momentos en que bajamos de un autobús o de un avión, después de un largo viaje. ¿Acaso no nos gusta que alguien esté ahí esperándonos para recibirnos? Y quizá

vemos a un lado, vemos a otro y no hay nadie para recibirnos. Vemos como la gente de nuestro alrededor se abraza de felicidad: “Llegaste, qué bien”; pero a nosotros nadie nos viene al encuentro. ¿Qué sentiría Jesús si, después de un largo viaje, viniera a nuestras vidas, pero nadie, ni yo, ni mi familia, lo está esperando ni lo recibe? Más aún, ¿cómo nos encontrará en esta Navidad que estaremos viviendo en pocas semanas? ¿Estará feliz y contento: ¡Gracias por venir a verme, por recibirme!? O tal vez sorprendido porque durante el año no pensamos en recibirle, y nos hemos dedicado a malgastar los talentos que nos dio.

Tomemos la iniciativa nosotros

Como preparación para el Adviento, tomemos ahora nosotros la iniciativa de prepararnos bien y de estar atentos. Estemos alertas, vigilantes, para recibir al dueño de la mies. Este dueño que en Navidad viene como niño indefenso. Preparemos nuestro corazón para recibirlo. Preparemos nuestro hogar para que todos estemos en paz, reconciliados unos con otros. Preparemos nuestro trabajo o escuela, para que se respire un ambiente de solidaridad y cordialidad. Preparemos nuestra sociedad, para que el bien esté siempre por encima del mal. Tomemos la iniciativa para hacerlo y no esperemos a que nuevamente Cristo nos pida: ¡Estén preparados!, porque ya lo estaremos. Nuestra preparación de Adviento es para la Navidad, pero siempre teniendo en el horizonte que un día, que no sabemos cuál, volverá.

Oración final

La contemplación es el saber
adherirse con el corazón y la mente
al Señor que con su Palabra nos transforma
en personas nuevas que cumplen siempre su querer.
“Sabido estas cosas, seréis dichosos
si las ponéis en práctica.” (Jn 13,17)

LUNES, 04 DE DICIEMBRE DE 2023

«Tan solo una palabra tuya»

Oración introductoria

Señor Jesús hoy que iniciamos este camino de Adviento, quiero pedirte que aumentes mi fe, pues es raíz para confirmar mi adhesión a ti, para poderme acercar con humildad y decirte “basta una palabra tuya y quedaré sano”.

Petición

Señor, ¡enséñame a orar!

Lectura del libro de Isaías (Is. 2, 1-5)

Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén. En los días futuros estará firme el monte de la casa del Señor, en la cumbre de las montañas, más elevado que las colinas. Hacia él confluirán todas las naciones, caminarán pueblos numerosos y dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos

instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, la palabra del Señor de Jerusalén». Juzgará entre las naciones, será árbitro de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Casa de Jacob, venid; caminemos a la luz del Señor.

Salmo (Sal 121, 1-2. 4-5. 6-7. 8-9)

Vamos alegres a la casa del Señor.

¡Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor»! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén. R.

Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta. Allí suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor; en ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David. R.

Desead la paz a Jerusalén: «Vivan seguros los que te aman, haya paz. Entro de tus muros, seguridad en tus palacios». R.

Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: «La paz contigo». Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 8, 5-11)

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole: «Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho». Le contestó: «Voy yo a curarlo». Pero el centurión le replicó: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le digo

a uno: “Ve”, y va; al otro: “Ven”, y viene; a mi criado: “Haz esto”, y lo hace». Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: «En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos».

Releemos el evangelio

San Buenaventura (1221-1274)

franciscano, doctor de la Iglesia

Evangelio del Reino

«Muchos vendrán de oriente y occidente
y se sentarán en el banquete del Reino»

El reino de los cielos, mayor que la largueza de una caridad sin límites, contiene personas "de toda lengua, pueblo, tribu y nación" (Ap 5,9), no es estrecho, ya que, por el contrario, se expande y en consecuencia aumenta la gloria de cada uno. Por lo cual dijo San Agustín: "Cuando están involucrados en la misma alegría, la alegría de cada uno es más abundante, ya que todos se encienden unos a otros." La magnitud del Reino se expresa por las palabras de la Escritura: "Pídemelo y te daré las naciones como herencia" (Sal 2,8): "Vendrán muchos de Oriente y Occidente, y se juntarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos". Ni la multitud de aquellos que lo deseen, ni la multitud de los ya existentes, ni la multitud de aquellos que lo poseen, ni la multitud de los que llegan, estrecharán el espacio en este Reino y no perjudicarán a nadie.

Pero ¿por qué confío y espero que poseeré el Reino de Dios? Ciertamente, gracias a la generosidad de Dios que me invita: " Buscad primeramente el reino de Dios" (Mt 6:33). A causa de la verdad que me consuela: "No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre os dará el reino" (Lucas 12:32). Debido a la bondad y la caridad con que me han

rescatado: "Tú eres digno, Señor, de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y nos has redimido para Dios, con tu sangre, a hombres de toda tribu, lengua y pueblo y nación. Ha hecho para nuestro Dios, un reino de sacerdotes que reinan sobre la tierra "(Ap 5,9-10).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Todos nosotros tenemos necesidad de ser curados, todos, porque todos tenemos enfermedades espirituales. Todos. Y también todos nosotros tenemos la posibilidad de curar a los demás, pero con esta actitud. Que el Señor nos dé esta gracia de curar como curaba Él: con la mansedumbre, con la humildad, con la fuerza contra el pecado, contra el diablo, y vayamos adelante en este hermoso “oficio” de curarnos entre nosotros: “Yo curo a otro, y me dejo curar por el otro”. Entre nosotros. Ésta es una comunidad cristiana». (*S.S. Francisco, Homilía, 7 de febrero de 2019*).

Meditación

“Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”. ¿Cuántas veces repetimos esta frase en la Misa? La decimos en ocasiones de manera automática, como una respuesta cualquiera, ¿pero en verdad entendemos lo que se esconde detrás de esta respuesta de fe tan grande?

El Evangelio nos muestra que, detrás de la gran fe de este centurión, se esconde una gran humildad de corazón, humildad que le permite decir con toda sinceridad lo que él es, reconocer su indignidad, pero también, reconocer que Él (Jesús) es quien puede sanar, curar y restaurar. Y el Señor no queda indiferente ante esto, pues queda maravillado y reconoce delante de las personas con las

que se encontraba: *“Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe...”*.

Hay algo más en este centurión, y es que se acerca a Jesús para pedirle que sane a uno de sus criados, o sea, no pide para él, pide para otro, y ese otro no es alguien que tenga más poder o que le pueda beneficiar más adelante, pide por uno de sus criados, un hombre que está a su servicio. Esto desvela lo que hay en el corazón de este hombre, un corazón que se preocupa por el otro, pues el amor que le doy a mi prójimo es el amor que brota de lo más profundo de mí.

Hoy, como este hombre, pidamos al Señor la gracia de la humildad que nos lleva a confiar en Él y decirle conscientemente y de corazón *“Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para...”*.

Oración final

¡Acuérdate de mí, Yahvé, hazlo por amor a tu pueblo, ven a ofrecerme tu ayuda. Para que vea la dicha de tus elegidos, me alegre con la alegría de tu pueblo. (Sal 106,4-5)

MARTES, 05 DE DICIEMBRE DE 2023

Reconocer, agradecer y transmitir la gracia de Dios

Oración introductoria

Señor Jesús, concédeme tu Espíritu para agradecer con tus sentimientos los dones del Padre y sustentar a mi hermano.

Petición

Señor, ayúdame a ser sencillo, manso y humilde de corazón.

Lectura del libro de Isaías (Is. 11, 1-10)

Aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor. No juzgará por apariencias ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; pero golpeará al violento con la vara de su boca, y con el soplo de sus labios hará morir al malvado. La justicia será ceñidor de sus caderas, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león como el buey comerá paja. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar. Aquel día, la raíz de Jesé será elevada como enseña de los pueblos: se volverán hacia ella las naciones y será gloriosa su morada.

Salmo (Sal 71, 1-2, 7-8. 12-13. 17)

En sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente.

Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes, para que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. R.

En sus días florezca la justicia y la paz hasta que falte la luna; domine de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra. R.

Él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector; él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres. R.

Que su nombre sea eterno, y su fama dure como el sol; él sea la bendición de todos los pueblos, y lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra. R

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 10, 21-24)

En aquella hora Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar». Y volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: «¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron».

Releemos el evangelio

San Hilario (c. 315-367)

obispo de Poitiers y doctor de la Iglesia

La Trinidad, 1,7; 2, 6-7 (PL 10, De Trinitate I.II, Prière du Temps présent, Cerf, 1971), trad. sc@evangelizo.org

Glorificar al Padre en el Hijo

Los cielos, el aire, la tierra, los mares, son revestidos de esplendor y el cosmos entero debe su nombre a su magnífica armonía. Esta belleza de todo, la apreciamos instintivamente, naturalmente, pero la palabra que la expresa es siempre inferior a lo que entendemos con nuestra inteligencia. Con más razón, el Señor de la Belleza está por encima de toda belleza y si nuestra inteligencia no puede concebir su esplendor eterno, puede tener una idea de su esplendor. Debemos confesar un Dios de belleza inconcebible para nuestro espíritu, a la que no podemos llegar fuera de Él.

Esta es la verdad del misterio de Dios, de la naturaleza impenetrable del Padre. Dios es invisible, inefable, infinito. La palabra más elocuente se calla, la inteligencia que desea penetrar ese misterio se siente entumecida, experimenta su propia estrechez. En el nombre del Padre, está su verdadera naturaleza, ya que él es Padre. Pero no como los hombres lo son, porque es increado, eterno, permanece siempre y para siempre. Sólo el Hijo es conocido: “nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27; Lc 10,22). Ellos se conocen mutuamente y el conocimiento que tiene uno del otro es perfecto. Porque nadie conoce al Padre sino el Hijo, es con el Hijo, único testigo fiel, que tenemos que aprender a conocer al Padre.

Es más fácil pensar esto del Padre, que decirlo. Siento cuánto la palabra es impotente para expresar lo que él es. (...) El conocimiento

perfecto de Dios a nuestra escala humana, consiste en saber que Dios existe, que no puede ser ignorado, pero que permanece inexpresable e indecible. Creamos en él, tratemos de comprender, esforcémonos en adorarlo. Esa alabanza será el testimonio que podemos darle.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Un cristiano puede rezar en cualquier situación. Puede asumir todas las oraciones de la Biblia, especialmente de los Salmos; pero puede rezar también con tantas expresiones que en milenios de historia han brotado del corazón de los hombres. Y nunca dejemos de hablar al Padre de nuestros hermanos y hermanas en humanidad, para que ninguno de ellos, especialmente los pobres, permanezca sin un consuelo y una porción de amor. Al final de esta catequesis, podemos repetir esa oración de Jesús: “Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños”. Para rezar tenemos que hacernos pequeños, para que el Espíritu Santo venga a nosotros y sea Él quien nos guíe en la oración.» *(Catequesis de S.S. Francisco, 22 de mayo de 2019).*

Meditación

En este Evangelio podemos encontrar una buena síntesis de lo que Dios nos invita a vivir en la vida cristiana. Primero vemos a un Jesús consciente de la acción de Dios en su vida. Este Evangelio acaece después de que los discípulos regresan de su misión y narran las maravillas que han vivido. En eso Jesús, que sabe reconocer la acción de Dios, se llena de gratitud en el Espíritu e irrumpe en una alabanza para su Padre. Estamos llamados a encontrar en la vida cotidiana esos momentos en los que constatamos la presencia del Padre en nuestra vida. Hemos recibido el Espíritu Santo para expresar esta alegría de sabernos hijos de un Padre providente.

Después Jesús toma conciencia de lo que es Él; es el Hijo. Tiene bien clara su identidad y se reafirma en ella: «Todo me lo ha entregado mi Padre y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre.» Continuamente, a lo largo del día, podríamos recordar que somos hijos, que cada aspecto con el que nos encontramos tiene un carácter pedagógico para aprender a vivir como hijos con todas sus implicaciones. Es decir, tanto para encontrar seguridad y afirmación de parte del Padre, como para responder con un comportamiento a la altura de tal filiación.

Finalmente, Jesús concluye afirmando a sus discípulos cuando les llama dichosos. Una vez siendo testigo de la presencia amorosa del Padre y la seguridad del ser hijo, la vida cristiana implica afirmar y confirmar a los hermanos en esta misma verdad, de tal manera que la comunidad de fe es una comunidad viva en la que se encuentra motivación actual para afrontar los desafíos propios de la vida.

Oración final

"Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a ingenuos." (cf Lc 10,21)

MIÉRCOLES, 06 DE DICIEMBRE DE 2023
No tienen qué comer

Oración introductoria

¡Buenos días, Señor Jesús! Te quiero agradecer por esta noche en la que me has acompañado, velando mi sueño e instruyendo mi corazón. Pongo en tus manos este día que Tú me regalas para cumplir tu voluntad con confianza y sencillez.

Petición

Jesús, gracias por el don de tus sacramentos, especialmente por el don de la Confesión y de la Eucaristía, ayúdame a recurrir a ellos con frecuencia.

Lectura del libro de Isaías (Is. 25, 6-10ª)

En aquel día, preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera; manjares enjundiosos, vinos refinados. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el lienzo extendido sobre todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. Dios, el Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros, y alejará del país el oprobio de su pueblo - lo ha dicho el Señor -. Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios. Esperábamos en él y nos ha salvado. Este es el Señor en quien esperamos. Celebremos y gocemos con su salvación, porque reposará sobre este monte la mano del Señor».

Salmo (Sal 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6)

Habitaré en la casa del Señor por años sin término.

El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. R

Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. R

Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. R

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 15, 29-37)

En aquel tiempo, Jesús se dirigió al mar de Galilea, subió al monte y se sentó en él. Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los ponían a sus pies, y él los curaba. La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y daban gloria al Dios de Israel. Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Siento compasión de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino». Los discípulos le dijeron: «¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?». Jesús les dijo: «¿Cuántos panes tenéis?». Ellos contestaron: «Siete y algunos peces». Él mandó que la gente se sentara en el suelo. Tomó los siete panes y los peces, pronunció la acción de gracias, los partió y los fue dando a los discípulos, y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete canastos llenos.

Releemos el evangelio

La Didajé (c. 60-120)

catequesis judeo-cristiana

§ 9,10

«Que así también la Iglesia desde los extremos
de la tierra se reúna en tu Reino»

Sobre la Eucaristía, dad gracias con estas palabras. Primero sobre el cáliz: «Te damos gracias, oh Padre nuestro, por la santa viña de David, tu siervo. Tú nos la has revelado por Jesús, tu siervo. ¡Gloria a ti por los siglos. Amén». Después sobre el pan partido: «Te damos

gracias, oh Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos has revelado por Jesús, tu siervo. ¡Gloria a ti por los siglos! De la misma manera que este pan que partimos, anteriormente diseminado por las colinas, ha sido recogido para no hacer más que uno solo, que así también tu Iglesia sea reunida de los extremos de la tierra en tu Reino. ¡A ti la gloria y el poder por los siglos. Amén! Que nadie coma ni beba de vuestra eucaristía si no está bautizado en el nombre del Señor. (...)

Después de haberos saciado, dad gracias así: «Te damos gracias, oh Padre santo, por tu santo nombre que has hecho habitar en nuestros corazones, por el conocimiento, la fe y la inmortalidad que nos has revelado por Jesús, tu Hijo. ¡Gloria a ti por los siglos. Amén! Eres tú, Señor todopoderoso, que has creado el universo, para alabanza de tu nombre; has dado a los hombres las delicias del alimento y bebida para que te den gracias. Pero a nosotros, nos has hecho la gracia de un alimento celestial y de una bebida espiritual, y la vida eterna, por Jesús, tu siervo».

Palabras del Santo Padre Francisco

«La compasión, la ternura que Jesús ha mostrado respecto a la multitud no es sentimentalismo, sino la manifestación concreta del amor que se hace cargo de las necesidades de las personas. Y nosotros estamos llamados a acercarnos a la celebración eucarística con estas mismas actitudes de Jesús: en primer lugar, compasión de las necesidades de los otros. Esta palabra que se repite en el Evangelio cuando Jesús ve un problema, una enfermedad o esta gente sin comida. “Tuvo compasión”. Compasión no es un sentimiento puramente material; la verdadera compasión es padecer con, tomar sobre nosotros los dolores de los otros. Quizá nos hará bien hoy preguntarnos: ¿yo tengo compasión? Cuando leo las noticias de las guerras, del hambre, de las pandemias, tantas cosas, ¿tengo compasión de esa gente? ¿Yo tengo compasión de la gente que está cerca de mí?

¿Soy capaz de padecer con ellos, o miro a otro lado o digo “que se las arreglen”? No olvidar esta palabra “compasión”, que es confianza en el amor providente del Padre y significa valiente compartir.»
(Ángelus de S.S. Francisco, 2 de agosto de 2020).

Meditación

Nosotros nos encontramos muchas veces como aquella gente de la que nos habla el Evangelio de hoy, con hambre y llenos de enfermedades. Sin embargo, muchas veces, nosotros no acudimos a aquel que verdaderamente nos sacia el alma y nos sana el corazón.

La sed más grande que haya experimentado jamás la humanidad es la sed del amor. Lo buscamos en todo lo que hacemos y haríamos lo que fuera por poseerlo y nunca dejarlo ir. Cristo, nos invita a acercarnos a Él para que bebamos de las fuentes vivas de su corazón, y así, una vez saciados, le podamos ayudar a saciar la sed de tantos, simplemente con una sonrisa cálida, una escucha sincera, una mirada amable y llena de misericordia.

Jesús siempre está allí, esperando a que nosotros nos decidamos ir a Él en busca de consuelo y sanación. Solo Él puede sanar las heridas profundas que tenemos marcadas en el corazón; solo en Él puede descansar nuestra alma; y solo por Él somos verdaderamente consolados en todo dolor, dificultad o soledad.

Oración final

Ahí viene el Señor Yahvé con poder,
y su brazo lo sojuzga todo (Is 40,10)

JUEVES, 07 DE DICIEMBRE DE 2023
SAN AMBROSIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (MO)
Ayúdame a ser un verdadero hijo y discípulo

Oración introductoria

Señor Jesús, en este momento te pido que, por favor, me ayudes a ponerme en tu presencia. Dame la gracia de conocerte más para amarte más y seguirte, con decisión, haciendo día a día tu voluntad. Que Tú seas mi ejemplo a seguir, pues eres la perfecta imagen de aquel que sigue la voluntad del Padre.

Petición

Jesús, te pido que esta oración llegue a conformar mi mente, mi corazón, mi voluntad y mi obrar con tu querer santísimo.

Lectura del libro de Isaías (Is. 26, 1-6)

Aquel día, se cantará este canto en la tierra de Judá: «Tenemos una ciudad fuerte, ha puesto para salvarla murallas y baluartes: Abrid las puertas para que, entre un pueblo justo, que observa la lealtad; su ánimo está firme y mantiene la paz, porque confía en ti. Confiad siempre en el Señor, porque el Señor es la Roca perpetua. Dolegó a los habitantes de la altura, a la ciudad elevada; la abatirá, la abatirá hasta el suelo, hasta tocar el polvo. La pisarán los pies, los pies del oprimido, los pasos de los pobres».

Salmo (Sal 117, 1 y 8-9. 19-21. 25-27ª)

Bendito el que viene en nombre del Señor.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres, mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los jefes. R.

Abridme las puertas de la salvación, y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor: los vencedores entrarán por ella. Te doy gracias porque me escuchaste y fuiste mi salvación. R.

Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad. Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor; el Señor es Dios, él nos ilumina. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 7, 21. 24-27)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande».

Releemos el evangelio

San Bernardo (1091-1153)

monje cisterciense y doctor de la Iglesia

Sermón 5 (PL 183, in “Lectures chrétiennes pour notre temps”, Orval, 1970), trad. sc@evangelizo.org

¡Apoyémonos sobre la roca!

Fijémonos sólidamente a la muralla, apoyándonos con toda nuestra fuerza sobre la roca inquebrantable que es Cristo. La palabra de la Escritura lo reitera: “Me sacó de la fosa infernal, del barro cenagoso; afianzó mis pies sobre la roca y afirmó mis pasos” (Sal 40,3). Así establecidos y confortados, al contemplarlo vemos lo que nos dice y también lo que respondemos a los que nos formulan un reproche. (...)

Cuando hayamos progresado un poco en la ascesis espiritual, teniendo como guía al Espíritu Santo que escruta las profundidades de Dios, representémonos cuánto el Señor es bondadoso y es bueno en sí mismo. Pidamos con el profeta ver la voluntad del Señor. Pidámosle poder visitar nuestro corazón y que este sea su templo (cf. Sal 27(26),4). Con él decimos también “Mi alma está deprimida: por eso me acuerdo de ti, desde la tierra del Jordán y el Hermón, desde el monte Misar” (Sal 42,7).

Estas dos cosas resumen el contenido de la vida espiritual. Viéndonos a nosotros mismos, nos sentimos turbados y contritos por nuestra salvación. En la contemplación de Dios, respiramos, y la alegría del Espíritu Santo nos procura consolación. De una parte, temor y humildad. De la otra, esperanza y caridad.

Palabras del Santo Padre Francisco

«No hay mejor forma de rezar que ponerse como María en una actitud de apertura, de corazón abierto a Dios: “Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras”. Es decir, el corazón abierto a la voluntad de Dios. Y Dios siempre responde. ¡Cuántos creyentes viven así su oración! Los que son más humildes de corazón, rezan así: con la humildad esencial, digamos así; con humildad sencilla: “Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras”. Y estos rezan así, no enfadándose porque los días están llenos de problemas, sino yendo al encuentro de la realidad y sabiendo que en el amor humilde, en el amor ofrecido en cada situación, nos convertimos en instrumentos de la gracia de Dios. Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras. Una oración sencilla, pero es poner nuestra vida en manos del Señor: que sea Él quien nos guíe. Todos podemos rezar así, casi sin palabras.»
(Audiencia de S.S. Francisco, 18 de noviembre de 2020).

Meditación

Cristo nos está diciendo que no es suficiente decir «¡Señor, Señor!» para entrar en el Reino de los cielos, sino que es necesario hacer la voluntad del Padre celestial. ¿Qué significa esto? ¿Cómo podemos hacer la voluntad del Padre? Lo primero que debemos hacer es reconocernos hijos amados de ese Padre. Este es un aspecto fundamental de nuestra identidad, ¡somos hijos de Dios! Cristo, que es nuestro ejemplo a seguir, tenía muy clara su identidad. Él sabía muy bien que Él era el Hijo de Dios y que como Hijo tenía una misión que su mismo Padre le había encomendado. Su misión se encontraba en su identidad, pues un hijo ve y aprende lo que hace su padre, lo tiene como ejemplo y luego actúa según lo que ha aprendido de él. Jesús dice: «os he enseñado lo que he aprendido de mi Padre». (Jn 8, 21-30)

Como Cristo, nosotros también encontramos nuestra misión en nuestra identidad. Muchas veces nos olvidamos de esta relación filial que tenemos desde el bautismo. Somos hijos de Dios y su voluntad, la voluntad de aquel Padre que nos ama, es que seamos sus hijos, que aprendamos de Él. Nuestro Padre quiere que escuchemos su palabra y que la pongamos en práctica, porque sólo así es como vamos a poder ser hijos felices que construyen su casa sobre roca firme, y aunque pasen mil calamidades, la casa se mantendrá firme. Pidámosle al mismo Cristo, a Jesús, que nos ayude y digámosle en primera persona: *Señor, te pido que me ayudes a conocer quién soy. Dame por favor la gracia de darme cuenta que soy un hijo amado del Padre y que su voluntad es hacerme feliz. Dame también la gracia de poder conocerte más y de abrirte mi corazón de par en par para escuchar tu palabra y ponerla en práctica. Así sea.*

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. (Sal 117)

VIERNES, 08 DE DICIEMBRE DE 2023
INMACULADA CONCEPCIÓN, PATRONA DE ESPAÑA (S)
«Cuando tú te vacías, Dios te llena»

Oración introductoria

María, Madre mía. Hoy te celebramos como la Inmaculada Concepción. Fuiste tan desinteresada que el Todopoderoso encontró en ti una morada en la que pudo habitar con benevolencia.

Ayúdanos a seguir tu ejemplo para que el Espíritu Santo habite también en nosotros.

Petición

Ayúdame, Señor, a no abusar de mi libertad al someterme a la esclavitud de mis pasiones: orgullo, vanidad, sensualidad.

Lectura del libro del Génesis (Gen. 3, 9-15. 20)

Después de comer Adán del árbol, el Señor Dios lo llamó y le dijo: «¿Dónde estás?». Él contestó: «Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí». El Señor Dios le replicó: «¿Quién te informó de que estabas desnudo? ¿es que has comido del árbol del que te prohibí comer?». Adán respondió: «La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto y comí». El Señor Dios dijo a la mujer: «¿Qué has hecho?». La mujer respondió: «La serpiente me sedujo y comí». El Señor Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho eso, maldita tú entre todo el ganado y todas las fieras del campo; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; ella te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón». Adán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven.

Salmo (Sal 97, 1. 2-3ab. 3c-4)

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas.

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R.

El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel.
R.

Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef. 1, 3-6. 11-12)

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. En él hemos heredado también, los que ya estábamos destinados por decisión del que lo hace todo según su voluntad, para que seamos alabanza de su gloria quienes antes esperábamos en Mesías.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 1.26-38)

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de

David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, “porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

Releemos el evangelio

San Claudio de la Colombière (1641-1682)

jesuita

Diario espiritual (Écrits spirituels, coll. Christus 9, DDB, 1982), trad. sc@evangelizo.org

“Yo soy la servidora del Señor,
que se cumpla en mí lo que has dicho” (Lc 1,38)

El día de la Inmaculada Concepción de la Santa Virgen, resolví abandonarme a Dios. Él está siempre en mí, en quién soy y en lo que vivo. No me tiene que afligir mi conducta, exterior o interior, ya que reposo tiernamente entre sus brazos. Temores, tentaciones o ilusiones. Prosperidad o adversidad, malas inclinaciones o faltas. Dios conducirá todo con su bondad y sabiduría infinita, de tal forma que todo contribuirá a su gloria. No desear ser amado o sostenido por nadie, querer sólo en él tener padre, madre, hermanos, amigos, y todo lo que despierta en mí sentimientos de ternura.

Me parece que estaré tan a gusto en su seguro y tierno refugio, que no debo temer a los hombres, los demonios o a mí mismo. Ni temer a la vida o a la muerte. Si Dios me sostiene yo ya soy feliz. Creo

que encontré el secreto para vivir contento y, desde ahora, lo que temía en la vida no me debe más dar miedo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«María no se pierde en tantos razonamientos, no pone obstáculos al camino del Señor, sino que confía y deja espacio para la acción del Espíritu Santo. Pone inmediatamente a disposición de Dios todo su ser y su historia personal, para que la Palabra y la voluntad de Dios los modelen y los lleven a cabo. Así, en perfecta sintonía con el designio de Dios sobre ella, María se convierte en la “más bella”, en la “más santa”, pero sin la más mínima sombra de complacencia. Es humilde. Ella es una obra maestra, pero sigue siendo humilde, pequeña, pobre. En ella se refleja la belleza de Dios que es todo amor, gracia, un don de sí mismo». *(S.S. Francisco, Ángelus del 8 de diciembre de 2018).*

Meditación

Hoy, en el día de la Inmaculada Concepción, celebramos a María, que fue preservada por Dios del pecado original.

María es un modelo de muchas virtudes y cualidades y hoy queremos centrarnos en una en particular. Su desinterés.

Hay muchas personas a las que les gusta hablar de sí mismas. “Yo he estado allí...”, “Yo he hecho eso...”, “A mí me gusta...”, “Yo quiero...”, “yo quiero...”, “yo quiero...”.

María no era ese tipo de persona, al contrario. En lugar de decir “yo” todo el tiempo, siempre dice “tú” en su lugar. A ella no le encanta llamar la atención de los demás y sino situarse en un segundo plano.

La gente que dice mucho “tú” como que tiene más espacio en su corazón. Son como una gran sala en la que los demás pueden moverse libremente. No hay mucho espacio en la habitación de la persona que dice “yo” todo el tiempo. Hay “mi” sofá, “mi” armario, “mi” televisión, etc. Le resulta difícil moverse.

María tenía este espacio y por eso el Espíritu Santo pudo habitar en ella. Dios cumplió su promesa una vez más. Donde hay espacio, entra Dios. Este dejar entrar a Dios suele ser sorprendente porque de repente Dios hace su morada en ti. Con este dejar entrar a Dios, María podía decir “tú” una vez más, aunque el mensaje que recibió le confundió. No decidió decir “yo” y cerrar la puerta al Espíritu.

Agradezcamos su *fiat*, su “hágase en mí según tu palabra”. Porque ella le dijo que sí y en clave de “tú” a Dios, Dios también puede decirte “tú” a ti.

Oración final

Alaba mi alma la grandeza del Señor
y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador
porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava,
por eso desde ahora todas las generaciones
me llamarán bienaventurada.

SÁBADO, 09 DE DICIEMBRE DE 2023

Tus talentos no son sólo tuyos.

Oración introductoria

Dios mío, te doy todo mi ser para que seas Tú quien viva en mí.

Petición

Haz Jesús, que tú lo seas todo para mí y que viva con la inquietud, con la sed, con el ansia de hacer que triunfes en cada corazón humano.

Lectura del libro de Isaías (Is. 30, 19-21. 23-26)

Esto dice el Señor, el Santo de Israel: «Pueblo de Sión, que habitas en Jerusalén, no tendrás que llorar, se apiadará de ti al oír tu gemido: apenas te oiga, te responderá. Aunque el Señor te diera el pan de la angustia y el agua de la opresión, ya no se esconderá tu Maestro, tus ojos verán a tu Maestro. Si te desvías a la derecha o a la izquierda, tus oídos oirán una palabra a tus espaldas que te dice: “Este es el camino, camina por él”. Te dará lluvia para la semilla que siembras en el campo, y el grano de la cosecha en el campo será abundante y suculento; aquel día, tus ganados pastarán en anchas praderas; los bueyes y asnos que trabajan en el campo comerán forraje fermentado, aventado con pala y con rastrillo. En toda alta montaña en toda colina elevada habrá canales y cauces de agua el día de la gran matanza, cuando caigan las torres. La luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol será siete veces mayor, como la luz de siete días, cuando el Señor vende la herida de su pueblo y cure las llagas de sus golpes».

Salmo (Sal 146, 1-2. 3-4. 5-6)

Dichosos los que esperan en el Señor.

Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa. El Señor reconstruye Jerusalén, reúne a los deportados de Israel. R.

Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas. Cuenta el número de las estrellas, a cada una la llama por su nombre. R.

Nuestro Señor es grande y poderoso, su sabiduría no tiene medida. El Señor sostiene a los humildes, humilla hasta el polvo a los malvados. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo

(Mt. 9, 35-10, 1. 5a. 6-8)

En aquel tiempo, Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando el Evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies». Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: «Id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón sobre el evangelio de san Juan, nº 15

La mies es abundante

Cristo deseaba ardientemente que se cumpliera su obra y se disponía a enviar a sus operarios... Va, pues, a enviar trabajadores.

«'Uno siembra y otro siega' Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron y vosotros recogéis el fruto de sus sudores» (Jn 4,37-38). ¿Cómo es que ha enviado trabajadores allí donde no ha enviado sembradores? ¿Adónde ha enviado los trabajadores? Allí donde ya otros habían trabajado... Allí donde los profetas ya habían predicado, porque ellos mismos eran los sembradores...

¿Quiénes son estos que han trabajado antes? Abrahán, Isaac, Jacob. Leed el relato de sus trabajos: en todos sus ellos se encuentra una profecía de Cristo; ellos, pues, han sido sembradores. En cuanto a Moisés y a los demás patriarcas, a todos los profetas, ¿qué frío no han soportado en el tiempo en que sembraban? Por consiguiente, en Judea la mies estaba a punto. Y se comprende que la mies estaba madura en el momento en que tantos millares de hombres aportaban el precio de sus bienes, depositándolos a los pies de los apóstoles, y descargando de sus espaldas el peso de este mundo, seguían a Cristo (Hch 4,35; Sl 81,7). Verdaderamente, la cosecha había llegado a su madurez.

¿Cuál es el resultado? De esta mies algunos granos fueron retirados, sembraron el universo, y he aquí que se levanta otra cosecha destinada a ser recogida al final de los siglos... Para la cosecha de esta mies ya no serán los apóstoles sino los ángeles los que serán enviados.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Como nos muestra el Evangelio, Jesús ha sanado a enfermos de todo tipo, ha dado la vista a los ciegos, la palabra a los mudos, el oído a los sordos. Y cuando sanaba las enfermedades y las dolencias físicas, sanaba también el espíritu perdonando los pecados, porque Jesús siempre perdona, así como los “dolores sociales” incluyendo a los marginados. Jesús, que renueva y reconcilia a cada criatura, nos regala los dones necesarios para amar y sanar como Él sabía hacerlo,

para cuidar de todos sin distinción de raza, lengua o nación. Para que esto suceda realmente, necesitamos contemplar y apreciar la belleza de cada ser humano y de cada criatura. Hemos sido concebidos en el corazón de Dios. “Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno de nosotros es amado, cada uno es necesario”. Además, cada criatura tiene algo que decirnos de Dios creador. Reconocer tal verdad y dar las gracias por los vínculos íntimos de nuestra comunión universal con todas las personas y con todas las criaturas, activa “un cuidado generoso y lleno de ternura”. Y nos ayuda también a reconocer a Cristo presente en nuestros hermanos y hermanas pobres y sufrientes, a encontrarles y escuchar su clamor y el clamor de la tierra que se hace eco.» *(Audiencia SS Francisco, 30 de septiembre de 2020)*

Meditación

¿Se han puesto a pensar alguna vez por qué Cristo mandó a esos discípulos dándoles tanto poder y a nosotros parece que nos manda sin nada? ¿Cómo es posible que el Señor ya no se manifieste como lo hacía antes? ¿Acaso no le importamos?

Sí, es cierto: Cristo dio autoridad de verdad a sus discípulos para curar enfermedades y expulsar espíritus malignos a sus primeros discípulos; pero lo hace también hoy en nuestras vidas. Además, lo hace itodo el tiempo! No estamos solos en nuestra vida de apóstoles. Cristo es quien actúa en nosotros. Él escoge medios humanos limitados para poder manifestarse a las personas en una manera adecuada a cada uno.

Pensemos en concreto: ¿tienes tú un talento el cual te encanta? ¿Hay algo en ti que te gusta especialmente?, ¿una habilidad para escuchar, hacer sentir bien a quien te rodea, eres muy concreto o paciente? Pues eso es específicamente los poderes de los cuales el

Señor se vale para que lleves su mensaje a todos. Recuerda que tus talentos no son sólo tuyos. Da gracias por ese talento a Jesús y pregúntale cómo quiere Él usarlo, cómo quiere Él hacerlo fructificar. Dile también cómo te gustaría usarlo y escucha lo que Él piensa.

Si ponemos en práctica nuestros talentos y los vemos con una mirada de fe, podremos descubrir cómo Cristo se hace presente a todos: cómo Él actúa, ríe, enseña, cura, y resucita en nosotros.

Oración final

El Señor sana los corazones quebrantados,

venda sus heridas.

Cuenta el número de las estrellas,

llama a cada una por su nombre. (Sal 147,3-4)